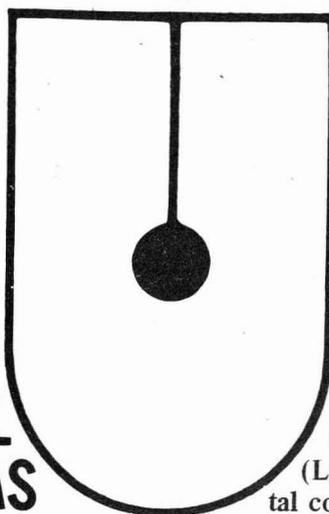


**SOL
ARGUEDAS**



**NA
TEOLOGIA
PARA
ATEOS**

(La historia del hombre
tal como yo me la cuento)

“En el principio fue el Verbo...”

“En el principio fue la acción”, corrige el Doctor Fausto, al traducir de la Biblia, en el primer acto del drama de Goethe. Partamos, pues, para empezar, interpretando la afirmación de Goethe y estableciendo una primera hipótesis:

En el principio no fue el caos. Fue el orden estéril. Fue lo amorfo, lo indistinto, el todo junto e indiferenciado, en estado latente y potencialmente activo. Fue la naturaleza inerte. Fue el paraíso. Era el seno de Dios.

En otro principio (nuestro verdadero principio, el principio de Fausto, porque Fausto es el hombre) fue el movimiento, al producirse el calor y aparecer el infierno. Entonces empezó el caos. El Demonio fue la acción. El Demonio fue Dios en movimiento. El Demonio fue un nuevo estado de Dios. Y el Dios primigenio entró en comunicación consigo mismo a través del Demonio, estableciéndose un intercambio de sus sustancias: nació la vida. Nació la vida venciendo las resistencias de la materia inerte a las acciones del movimiento. (La idea es atractiva por poética, mas peligrosa: conduciría a un resignado idealismo por cobardía intelectual ante las lagunas del conocimiento científico, y, por lo tanto, ante las limitaciones actuales de la especulación intuitiva).

La hipótesis anterior establece el principio de un algo previo a la acción. Mas ¿cómo pudo existir naturaleza sin movimiento? Si hubo un principio de la materia inerte necesariamente hubo un acto de creación. Y éste supone acción, movimiento. Por lo tanto, no pudo existir materia previa (Dios) al movimiento (Demonio). Pero tampoco movimiento previo a la materia: ¿quién o qué lo hubiera ejercido, y sobre qué o quién lo habría ejercido? (el Demonio es parte de Dios). En este caso sólo cabría aceptar la existencia de un Dios como idea absoluta, y cobraría sentido aquello de que “en el principio fue el Verbo...” Aunque, como dentro de esta teoría se hace aparecer posteriormente al Demonio, se establece la misma contradicción: al no haber existido movimiento, acción, no pudo haber acto de creación de la materia a partir del verbo solamente. Y Dios hubiese permanecido estéril, como Verbo eterno. (A menos que...).

Dios y Demonio no han tenido principio porque ninguno pudo haber existido sin el otro. De hecho, cada uno es el otro, manteniendo la diversidad dentro de su unidad. Si no han tenido principio, podemos suponer que tampoco tendrán fin: la materia es espacio, es presencia de Dios, es yuxtaposición de todas las formas que adquiere su tamaño; y el movimiento es tiempo, sucesión en que se van presentando los cambios de forma de Dios. Pero la materia existe por el movimiento, y el movimiento no existe sin la materia: ambos son ubicuos, eternos, y tienen una misma esencia: fluyen juntos. Materia en movimiento es natura-

leza. Bajo la acción de fuerzas gravitacionales, electromagnéticas y nucleares (conocidas hasta este momento) la naturaleza trasmuta sucesivamente sus formas en contenido y viceversa. Nada se crea de la nada: todo se transforma. A Dios nada ni nadie puede empuñarlo, y al Demonio nada ni nadie puede detenerlo.

Es necesario enriquecer la idea en algunos aspectos, introduciendo el fenómeno de la diversidad del movimiento: el Demonio, como Dios, sucede en múltiples formas. En realidad sus cambios están implícitos en los de Dios: las formas cambian porque se suceden. Debemos introducir, también, y simultáneamente, el fenómeno de la capacidad del tiempo para comportarse, a veces, linealmente, es decir, cronológicamente, cuando aparezca “nuestra” vida, y con ella, la historia: habrá un “antes”, un “durante”, y un “después”, poniendo así límites transitorios al espacio, es decir, término a la vida.

Tiempo y espacio desde entonces se comportarán como parámetros en función de la vida, así como Dios y Demonio, posteriormente, servirán también de parámetros a la conciencia.

Los movimientos bioquímicos, fisiológico y psicológico son los pequeños desplazamientos de Dios hacia el Demonio, del cielo al infierno, del frío al calor. (Y ¿la dirección, el sentido y la intención de todo esto? Dirección, sentido e intención son, precisamente, conciencia: son atributos suyos. Con ella nacen, con ella se desarrollan, y con ella se dirigirán hacia donde ella se dirija).

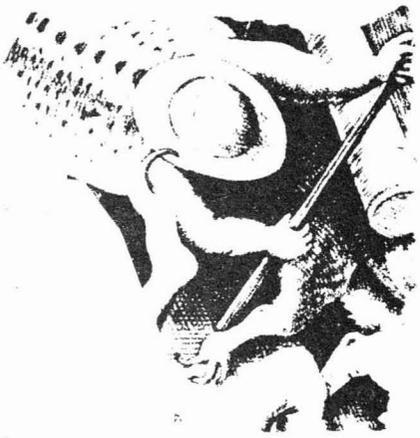
Entonces corregimos aquella primera hipótesis: Dios no entra en contradicción consigo mismo. Dios ha estado siempre en contradicción consigo mismo. Por lo tanto, el Demonio es también eterno y está implícito en Dios. O, lo que es lo mismo, Dios está implícito en el Demonio.

Como todo conflicto, el de Dios y el Demonio ha sufrido sus máximas y sus mínimas. Y por supuesto sus crisis, de una de las cuales pudo haberse generado el movimiento bioquímico, y, más importante para nosotros, el fisiológico y el psicológico, porque es cuando nace la conciencia, nace el hombre, nace Fausto.

De Dios tesis y Demonio antítesis, resulta el hombre síntesis. Como hijo de Dios, y al mismo tiempo Dios mismo, se engendra y se concibe a sí mismo —como respuesta a la acción del movimiento— dentro del gran útero de la naturaleza, dentro del seno de Dios. Su gestación es larga: cubre toda la evolución de las especies hasta el límite animal, la frontera última del pre-hombre. Durante ese período permanece envuelto en la amorosa placenta que lo cubre maternalmente: sigue totalmente unido a la naturaleza: es sólo naturaleza.

Como hijo del Demonio, y al mismo tiempo el Demonio mismo, empieza a parirse a sí mismo separándose gradualmente de la condición animal, de la naturaleza “inerte” (“inerte” porque le





falta adquirir el movimiento psicológico que dará origen a la conciencia). Y necesita ir adquiriendo conciencia para responder adecuadamente a las cada vez más complejas interrogaciones que se le plantean. Finalmente, al integrarse su conciencia y separarse, es echado del paraíso, del seno del Dios primigenio, en el cual forma su ombligo. Deja de ser sólo naturaleza concreta. Empieza desnudo y librado a sus propias fuerzas. Empieza la aventura propiamente humana. (*“Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores”*).

En resumen: va separándose de la dualidad unitaria primigenia para ir siendo cada vez más él mismo; pero, a imagen y semejanza de su padre, conserva la dualidad dentro de sí: va convirtiéndose, también cada vez más, en encarnación de su padre Dios-Demonio: dentro de él luchan la vida instintiva y la vida racional, la naturaleza primigenia y la incipiente conciencia, los reflejos condicionados y los reflejos incondicionados.

Aunque el hombre se salga de la naturaleza primigenia, la naturaleza no se sale del hombre. El hombre sigue siendo naturaleza en transformación. Una vez más, Dios se subdivide y se desplaza, entrando —a causa de su inseparable Demonio— en conflicto consigo mismo, dentro del hombre, para que éste viva y se desarrolle: se intensifica la lucha entre el instinto y el raciocinio, fecundando la incipiente conciencia.

Desde ahora, la evolución seguirá consistiendo en la ya antigua y constante solución de contradicciones entre Dios y el Demonio, pero no ya dentro del animal-hombre, del hombre-naturaleza. Seguirá efectuándose dentro del hombre social, del hombre-sociedad. El hombre se *civiliza*. Lo que significa que, como resultado del permanente conflicto, le van apareciendo reflejos condicionados y se le van apagando reflejos incondicionados; va utilizando sus instintos como motor de su raciocinio al ir transformando la naturaleza (mineral, vegetal, animal) en productos y reproductores manufacturados por él. El hombre deja de ser “vivido” por la naturaleza y empieza a vivir por sí mismo (deja de ser programado sólo filogénicamente para programarse también ontogénicamente). Va adquiriendo unos nuevos sentidos fuera de su cuerpo individual: la tecnología. Y con estos nuevos sentidos va profundizando la transformación de la naturaleza, es decir, va construyéndose un nuevo cuerpo externo y colectivo: la cultura. El hombre va convirtiéndose en los hombres y la naturaleza en sociedad. La naturaleza se ha expresado, se ha objetivado, ha encarnado en el hombre. (*“Dios los creó varón y hembra a su semejanza, los bendijo y los llamó hombre en el día de su creación”*).

Con el hombre la naturaleza empieza a adquirir conciencia de sí misma. Y el hombre, es decir, su conciencia, el conocimiento que va adquiriendo, devendrá en autoconciencia de la naturaleza. Al separarse de ella, como materia pensante, el hombre sigue,



empero, formando parte de la naturaleza: dentro de ella le corresponde la función que cumple un cerebro (una función que rebasa y trasciende los límites anatómicos y fisiológicos) dentro de un organismo. El hombre es, pues, a la naturaleza, lo que un cerebro es a su organismo.

A través del hombre Dios se enriquece: toma conciencia de su propia profundidad y complejidad, con lo cual crece y se agiganta, convirtiéndose en un constante reto para el hombre, que pugna por alcanzarlo, es decir, por alcanzar la plenitud de su propia condición humana.

Con la transformación del hombre el Dios primigenio devendrá en otro, el cual será responsable del próximo proceso de crecimiento del hombre. Pero esto será ya otra historia. Constituirá un nuevo ciclo que no le atañe directamente a este Fausto (a nosotros). Será asunto de otro Fausto (del próximo Fausto: el hombre colectivo).

El Demonio pareciera trabajar más aprisa que Dios: la desproporción entre la larguísima gestación y el relativamente corto trabajo de parto del hombre, nos parece, actualmente, enorme. Sin embargo, no es así. Ciertamente hay gran diferencia entre el tiempo transcurrido desde la primitiva síntesis de los aminoácidos hasta el antecesor inmediato, el pre-hombre, en comparación con el poco tiempo transcurrido desde el hombre de Cro-Magnon (el primer *homo sapiens*) hasta Alberto Einstein. En otras palabras: nos parece excesiva la desproporción entre la larga evolución biológica (mejor dicho, entre la etapa en que predomina el desarrollo biológico sobre el social) y la corta evolución social (en que se truecan los papeles recesivo y dominante, respectivamente, del desarrollo social y del biológico). Pero no es así. ¿Acaso en nuestros días acabó ya la evolución social del hombre?

El caso es que sucede lo contrario. Estamos apenas en vísperas de iniciar la profunda evolución social del hombre. Hasta ahora sólo se han construido premisas y parte del instrumental necesario. El hombre social no ha salido aún de su prehistoria. Se encuentra en trance de resolver contradicciones elementales previas, luchas menores entre Dios y el Demonio. Está gestándose apenas como ser social para empezar a vivir su historia. Y además, no se deben dar por consumados, y superados ya, los conflictos dentro del ámbito de la naturaleza primigenia.

El hombre no ha encontrado aún soluciones ontogénicas y filogénicas al permanente conflicto entre su Tánatos y su Eros, en re Dionisos y Apolo, entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Su metabolismo social enriquece y complica su metabolismo biológico.

Una visceral nostalgia por su paraíso perdido frena o impulsa, de acuerdo con las vicisitudes del conflicto, la trayectoria de su conjunto espacio-temporal (imaginado, intuido y calculado). La

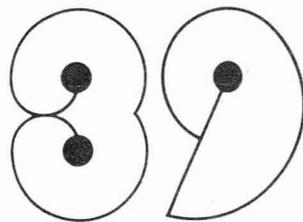


naturaleza primaria sigue luchando —como lucha desde el principio— consigo misma dentro del hombre. Agazapada dentro de sí misma, genitualmente arraigada, se resiste a salir, a expresarse, a objetivarse (*“Parirás tus hijos con dolor”*), como no sea dentro de los límites de su condición de naturaleza concreta, rehuendo tercamente el transformarse en planos más complejos, mientras simultáneamente las involuntarias contracciones feroces de su útero (el Demonio actuando) luchan por expulsarla de aquellos mismos límites. Y la expulsan finalmente. La expulsan del paraíso que es ella misma. El hombre primitivo (también un niño civilizado) adquiere conciencia y empieza a construirse a sí mismo. La serpiente tentadora y triunfante constituye el doble símbolo de la síntesis lograda: brindó al hombre el instrumento que, aunque lo fija y lo inmoviliza dentro de las propias entrañas, se convertirá, no obstante, en el primer vínculo con lo otro, con el otro, y con los otros; también le brindó el mejor de los dones: la condición fáustica. Desnudo y liberado a sus propias fuerzas, el hombre (Fausto hembra y Fausto macho), sale del paraíso doblemente armado: con un cerebro y con un sexo. Después de haber sido casi sólo respuesta, el hombre comienza a ser casi sólo pregunta.

Cuando Dios expulsa al hombre de su seno, cuando lo arroja del paraíso, también se sale de sí mismo y se exilia. (Entonces los frutos crecen protegiendo sus semillas; se reproducen las bestias que encierran en sí sus fetos; los hijos se convierten en núcleos; el tiempo se divide en dos abismos: un pasado que crecerá alrededor de un futuro, hasta que Fausto rescate la plenitud de su presente). Con el autoexilio de Dios la naturaleza inicia el proceso de su toma de conciencia: se va convirtiendo en sociedad. Y el hombre (los hombres) inicia el interminable y cotidiano parto de sí mismo para convertirse, mediante el conocimiento que va adquiriendo, en autoconciencia de la naturaleza.

Desnudo y librado a sus propias fuerzas, sale como una trinidad indisoluble en la que son tres distintos y uno solo verdadero: en cuanto Dios, es naturaleza, es materia, es espacio; en cuanto Demonio, es acción, es movimiento, es tiempo; en cuanto hombre, es Fausto, es hambre y sed infinitas de ser y de saber, es angustia por separarse y angustia por integrarse: ha encarnado. El hombre se vuelve mortal porque adquiere el conocimiento de su muerte al volverse conscientemente vivo. Entonces vida y muerte pierden su inocente unidad y empiezan a luchar encarnizadamente entre sí, atemorizando al hombre y obligándolo a forjar, ya por sí mismo, nuevas armas: quiere volver a ser inmortal. (*“Pero habiéndolo Dios expulsado puso delante del jardín de Edén querubines y la llama de espada vibrante para guardar el camino del árbol de la vida”*).

La sociedad es la madre del hombre. En su vientre se gestó la semilla mucho antes que el hombre abandonara su condición puramente animal. Si la condición social —desde su prefiguración:



el instinto gregario— no hubiera aparecido antes que el hombre, el hombre no habría existido como tal. En una enumeración retrospectiva: comunidad, horda, grupo, manada, organismo, órgano, tejido, célula, significan división y especialización del trabajo colectivo en sus respectivos niveles; de otro modo hubiesen sobrevenido la paralización y extinción del desarrollo biológico. Sin la aún débil evolución social en esa etapa, se hubiese desmoronado la poderosa evolución ideológica.

Cada vez que se resuelve una contradicción entre Dios y el Demonio, el hombre da un gran paso adelante. Mientras tanto, durante el comienzo, el desarrollo y la culminación del proceso, el hombre agoniza, víctima del feroz conflicto. Sufre lo que un insecto que por su propio esfuerzo se eleva hasta una estrella. Y así como se mira a sí mismo como polvo que volverá al polvo, también lo sacude el relámpago que lo vuelve eterno y ubicuo.

Dios y el Demonio son, alternativamente, preguntas o respuestas. Para adaptarse a un ambiente mutable (por exigencias de su placenta: la naturaleza), el embrión de lo que sería el hombre tuvo que ir cambiando la posición y la función de sus ojos; la situación y la función de sus vísceras; la arquitectura de sus huesos; el sentido y la dirección de su sistema nervioso. Con lo que, posteriormente y para desarrollarse —para mantenerse vivo— pudo afinar la destreza de sus manos; diversificar e intensificar sus emociones, y aumentar así la capacidad de su cerebro. A cada transformación anatómica de la mano correspondía una multiplicada del cerebro, lo que a su vez provocaba el aumento y la profundización de la interrelación fisiológica de ambos, perfeccionando las funciones objetivas de la mano y el cerebro, es decir, sus respectivos trabajos. El proceso cuantitativo culminó en el cambio cualitativo: de ya muy complejos mecanismos fisiológicos, y psicológicos instintivos simples, saltó el más elemental mecanismo ya no instintivo: el comienzo de la conciencia. La acción de la mano y un incipiente lenguaje desarrollaban el pensamiento, y el pensamiento entonces dirigía la acción de la mano y enriquecía el lenguaje.

Dios, Demonio y Hombre, en trinidad indisoluble, vencen sus últimas y propias resistencias y consuman el parto. El parto conmueve a la naturaleza en sus raíces. El grito que lo anuncia, el atroz primer vagido del hombre se prolonga y articula: es su lenguaje. Comienza la tarea propiamente espiritual del hombre: comparar, definir, y dar nombres.

De la materia en movimiento a la naturaleza orgánica; de la acción de la mano a la función del cerebro; del acto al pensamiento; de la palabra al concepto, la historia de la autoformación del hombre es la historia de la formación del trabajo. El pre-hombre se hizo hombre (se diferenció de los otros animales) porque empezó a



hacer cosas ya conscientemente y aprendió a darles nombre. Porque en su actividad predominantemente instintiva empezaron a aumentar las acciones dirigidas a un fin determinado. Porque ya a sus manos las guiaban el cerebro en la ejecución de un trabajo inteligente, y porque iba dependiendo cada vez más de sus relaciones con sus semejantes y cada vez menos de sus respuestas y preguntas directas a la naturaleza.

Con la paciente preparación de la semilla del hombre, la naturaleza se ha transformado; se ha convertido en el vientre inmediato, específico y humano que parirá a Fausto. Se ha convertido en sociedad. Ahora son el grupo, la horda, la tribu, la comunidad, los que continuarán la gestación ininterrumpida del hombre. La naturaleza empezó, con el hombre, a civilizarse (a convertirse en sociedad).

“Sociedad” es un concepto abstracto con un cuerpo concreto: la cultura. El hombre es los hombres, y los hombres son su cultura, al ser ésta la suma aritmética y la multiplicación cualitativa de todo lo que el hombre hace con sus manos y con su mente para construirse a sí mismo: el conjunto de todo lo que los hombres fabrican, piensan, sueñan, expresan y comunican.

Como naturaleza expresada, objetivada, la sociedad (los hombres) prosigue la gestación ya propiamente humana del hombre (de los hombres); porque está viva, necesita, ineludiblemente, desarrollarse; porque ocupa un espacio, no puede sustraerse de la acción del tiempo. Para desarrollarse, la sociedad entra en conflicto: el “nosotros” elemental y primigenio sufre una primera división



mitótica, como primer paso hacia un desarrollo más complejo, entablándose la lucha entre las dos mitades contrarias: entre el "yo" y el "otro", entre Fausto (Fausto hembra y Fausto macho) y Mefistófeles, vicarios de Dios y del Demonio en la tierra. (Dios y el Demonio trabajan en planos más profundos: en el código secreto que trasmite la información y garantiza la perpetuidad de la especie inteligente).

Un proceso metabólico distinto cobra forma: entre el hombre y los hombres (la cultura); entre la cultura (los hombres, la sociedad) y la naturaleza. Fausto incompleto se angustia: ni la religión, ni el arte, ni la ciencia que él ha inventado como instrumentos de búsqueda, le posibilitan la integridad de ser esencia, porque Mefistófeles lo tienta y se le esconde; aparece y huye; es presencia y ausencia a un mismo tiempo, premio y castigo, promesa y amenaza. Se ha roto el vínculo de Fausto consigo mismo (con los otros hombres). Los dioses que para su consuelo él inventa a imagen y semejanza suya, se marchitan y se disuelven. Sólo Fausto, hecho a imagen y semejanza de Dios, no envejece: constantemente se renueva (aunque él todavía no lo sabe).

Por meiosis de la sociedad, se agrava la angustia de Fausto: al extrañamiento de Mefistófeles se añade el desprendimiento de Margarita. Fausto enloquecido se revuelca en el dolor de su soledad, injuriando a su madre y rechazando a su padre, a quienes juzga culpables. Enfurecido vuelve su rabia contra sí mismo (contra los otros hombres) destrozándose sin cesar, poblando de cadáveres la tierra y convirtiendo su propia alma en un cementerio. Al romperse los puentes de su comunicación, se obsesiona por restablecerlos, invierte los términos de su expresión —en vez de dar, pide— y se incomunica más. Como hombre incompleto, casi mudo, casi sordo, casi ciego, busca desesperadamente lo que le falta, sin saber qué es lo que busca ni cómo se llama. Pero la comprensión de su drama no le llegará sino hasta el momento en que ya sea viable la posibilidad de resolverlo: sólo cuando Fausto pueda adquirir la plenitud de su sexo y de su cerebro enajenados, se reintegrarán en él Margarita y Mefistófeles, y comprenderá el misterio. Porque para comprender a Dios, el hombre tiene, primero, que vivirlo; para conocer sus caminos, tiene, primero, que recorrerlos. Y sólo entonces será suyo el reino de los cielos.

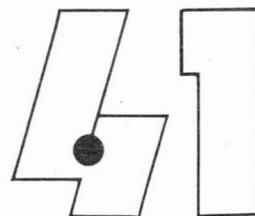
El hombre se escindió individualmente porque se dividió colectivamente (y el hombre es los hombres). El hombre perdió su propia, primitiva y elemental integridad, y se desmenuzó, porque los hombres se dividieron: aparecieron en la sociedad clases en pugna. Al empezar unos hombres a explotar en su provecho el trabajo y la actividad de los demás hombres, perdieron *todos* su elemental unidad y se volvieron ajenos unos de otros. El hombre se volvió ajeno a sí mismo (porque el hombre es los hombres). Aparecieron clases en la sociedad porque se separó el trabajo

manual del trabajo intelectual, desintegrando la esencia humana del hombre (porque el hombre se hizo hombre —el pre-hombre se humanizó— por el trabajo). Y las clases sociales se volvieron antagónicas porque una de ellas le arrebató el producto (la objetivación) de su trabajo a la otra y lo utilizó posteriormente como arma para someter y debilitar más a la clase desposeída. El trabajo creador se convirtió así en trabajo enajenado. Como resultado: el producto (la producción, la cultura) de la actividad creadora (del trabajo humano) se volvió ajeno y hostil a sus creadores (los trabajadores). Se enajenó, pues, el producto del trabajo, de su productor. Al dividirse el trabajo (al perder su integridad humana) deja de ser, o no llega a ser, *expresión* del ser humano creador. Y al enajenarse el producto del trabajo (porque se apropian de él otros) el trabajador pierde también el instrumento de su *comunicación* humana con los otros. Fausto (Fausto hembra y Fausto macho) crece en soledad.

El trabajo manual y el trabajo intelectual se separaron para intensificar y perfeccionar sus actividades respectivas al entrar en conflicto, en obligada interrelación, modelándose mutuamente, a semejanza del proceso que cumplieron los órganos mano y cerebro, durante la evolución biológica, para desarrollar las funciones primitivas que culminaron en su síntesis: el trabajo elemental. Pero trabajo elemental significaba hombre elemental, al ser éste el producto de aquél. Y su propio movimiento interno (su Demonio) lo impulsó —porque está vivo— a desarrollarse, a tornarse más complejo, para poder seguir interrogando y respondiendo a un Dios también cada vez más complejo (la naturaleza en su nueva fase: la sociedad). Por eso el trabajo (el hombre) se dividió. Se había dividido la sociedad.

La división del trabajo hizo crecer la fuerza productiva del mismo, la riqueza y el refinamiento de la sociedad, a costa del empobrecimiento del trabajador en lo individual (porque se enajenó y perdió su integridad humana) al convertirse en un simple pero eficiente instrumento de la producción. (A su tiempo, los hombres —la sociedad— parirán un nuevo hombre —otro Fausto y sin embargo el mismo— al lograr una síntesis superior: el trabajo desenajenado).

El hombre, el trabajador (el homo faber), echado del paraíso para que repitiera en la tierra la función creadora de Dios, empezó su tarea como un oscuro y entrañado castigo, la prosigue como hazaña libertaria, y la culminará en una grandiosa recompensa que lo situará fuera de sí y lo reintegrará en una nueva naturaleza: la que él habrá transformado. (Otro paraíso que perderá de nuevo dentro de sí mismo para empezar un nuevo ciclo, porque el hombre es una flecha lanzada desde el infinito del tiempo hacia el espacio infinito: pero eternamente quieta en el torbellino de su movimiento interno).





■ Porque el hombre se dividió objetivamente, se escindió también el hombre subjetivo: los cambios en su realidad física se reflejaron en su conciencia y transformaron su realidad psicológica. La primera gran división del trabajo provocó la separación de las funciones específicas de la mano de las funciones específicas del intelecto. La división del trabajo provocó también la diferenciación de las funciones específicas del instinto de las funciones específicas del raciocinio.

Al dividirse el grupo social en trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, por una parte, y en seres emocionales y seres racionales, por otra (al diferenciarse y especializarse el trabajo de los proletarios y de los seres femeninos, en contraposición al trabajo de los propietarios y de los seres masculinos), y al fragmentarse aún más el trabajo por necesidades económicas y exigencias técnicas, se pierde la integridad de la esencia humana del hombre: el trabajo.

El trabajo creador, totalizador (mediante el cual el hombre se construye a sí mismo y crece) se convierte, por la apropiación que de sus productos efectúan unos hombres distintos de los productores directos, en trabajo enajenado, dividido (mediante el cual el hombre apenas subsiste).

El trabajo perdió su unidad material y espiritual. Dejó de ser, o no llegó a ser, *expresión* del ser humano creador para convertirse en obligación del ser humano biológico. Y el producto del trabajo dejó de ser, o no llegó a ser, objetivación de la esencia humana del hombre (el objeto de su expresión) para convertirse en una cosa, en una mercancía. Dejó de ser, o no llegó a ser, el instrumento, el vehículo de su *comunicación* con los otros hombres. El hombre, el trabajador (el homo faber) queda, pues, sin expresión y sin comunicación verdaderamente humanas.

El producto del trabajo fragmentado (del hombre escindido) se convierte en *cosa* acumulable. Y apropiable. Se vuelve mercancía. Unos hombres se vuelven propietarios porque "compran" una parte del trabajo de otros hombres (los trabajadores) dejándoles de pagar otra parte, y esta última parte la acumulan. Además, enajenan, se apropian del producto del trabajo de otros hombres, es, decir, de lo que debería ser objetivación, expresión humana de otros hombres. Les roban su humanidad. Y el hombre se vuelve ajeno a sí mismo y, por ende, ajeno a otros hombres. Se enajena su vida.

De este modo, *todos*, explotados y explotadores, pierden la integridad de su esencia humana: el trabajo creador, nacido de la armonía entre la función de la mano y la del cerebro, de la armonía entre la actividad del cerebro y la del sexo.

El producto del trabajo del hombre no puede convertirse en patrimonio de toda la humanidad (afirmando así la "humanidad" de cada hombre) porque se convierte en propiedad de unos

cuantos hombres. Y los propietarios convierten los productos del trabajo de los otros hombres en instrumentos cada vez más eficaces para dominarlos más y explotarlos mejor.

■ El hombre es castigado a las puertas del paraíso que se cierran tras de sí: se divide su precaria esencia humana (con la división del trabajo) y se debilitan aún más las partes fragmentadas de un hombre que por incipiente era ya, de por sí, débil. Al hombre Fausto se le extrañan Mefistófeles y Margarita ("*Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que YO te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás*").

Al hombre Mefistófeles se le extrañan Margarita y Fausto ("*Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar*").

Al hombre Margarita se le extrañan Mefistófeles y Fausto ("*Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con trabajo parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará*").

Se han separado las funciones hacedoras de la mano, y las funciones impulsoras del sexo, de las funciones integradoras del cerebro. Mefistófeles, Margarita y Fausto no pueden lograr la integridad humana, y cada uno incompleto, desarrolla, por separado, una función ejecutora, una función reproductora y una función razonadora. La síntesis creadora sólo la lograrán fuera y a pesar de ellos mismos, mediante la reunión de los productos de sus respectivos trabajos enajenados. Esta síntesis será la cultura construida por todos, y que a su vez irá construyendo a todos colectivamente (a la sociedad, a los hombres). En la medida que el hombre va fragmentando su esencia humana individualmente, va integrando la misma colectivamente. (La sociedad se enriquece a expensas del individuo).

Al debilitarse por fragmentarse, y no lograr la integridad humana (no alcanzar a Dios) el hombre no puede llegar a ser, individualmente, infinito. No es el dueño de su tiempo ni de su espacio: es esclavo del reloj y de la propiedad privada. Las coordenadas del sistema de referencia para situar a Fausto señalan el sitio en que gime y se retuerce un gusano. Mefistófeles se le aleja arrastrándose por el polvo —abrumado por el peso de la carga de todos—, y Fausto apenas si consigue un disfrazado consuelo para su sexo frustrado: en el lugar que debiera ocupar Margarita, vocifera un grotesco eunuco equivocado.

